

retoque posterior de una obra redactada en 1524, y sus huellas se evidencian, como el mismo Imperiale bien lo sabe, en muchos otros pasajes de la obra.

Para terminar me gustaría referirme a una característica totalmente actual, que se pone en evidencia en el libro de Imperiale, pero que no pertenece, en cuanto problema, sólo a este texto, sino que representa un fenómeno muy generalizado en la publicación de las investigaciones contemporáneas. Vivimos en una época de computarización global de la investigación, pero nos encontramos, todos, aún en el proceso, en sus diferentes etapas, lejos de dominar por completo el “deshumanizante mundo de la informática”, según las irónicas palabras de Imperiale (p. vi). La introducción de las computadoras abarata mucho el proceso de publicación, y ya nos estamos acostumbrando a entregar toda la producción en disquette a los editores. Pero estos últimos también, en la mayoría de los casos, empiezan el proceso de dominación, y en cada etapa dependen de los más o menos hábiles capturistas. El atento ojo del linotipista tradicional, profesional en toda la extensión de la palabra, con mucha experiencia, todavía no ha sido sustituido, con éxito total, por el proceso electrónico. Ha aparecido un nuevo tipo de errata, errata computarizada (por ejemplo, la repetición de los párrafos, la partición de las palabras a la mitad de la línea, etc.), amén de las erratas comunes. Es un problema que todos compartimos ahora, por eso no dirijo el reproche al propio Imperiale, sino a la editorial: el libro está plagado de erratas. Nosotros los investigadores supuestamente sabemos corregir las galeras, pero las peripecias del proceso electrónico no las podemos dominar todas. En la computadora hacen falta los profesionales como los antiguos y sabios linotipistas, su atento ojo y su gran respeto por los libros.

TATIANA BUBNOVA

Universidad Nacional Autónoma de México

RAFAEL OLEA FRANCO, y JAMES VALENDER (eds.), *Reflexiones lingüísticas y literarias*. T. 2: *Literatura*. El Colegio de México, México, 1992; 378 pp.

Por alguna razón, me ha gustado ir leyendo este tomo —gemelo del otro, dedicado a la lingüística—, no lineal y sistemáticamente, sino saltando de una sección a la otra, del pasado al presente, de España a América, de la literatura al folklore, y viceversa. El leerlo así algo debe de tener que ver con lo que he ido percibiendo en el libro como conjun-

to, a saber, con su notable variedad y pluralidad de asuntos, de puntos de vista, de estilos de trabajar y escribir¹.

Todos los artículos de este libro son obra de miembros del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México y de dos académicos asociados a la institución en el momento en que se planeó el libro; porque éste fue concebido, precisamente, para mostrar “en la forma más amplia posible, las investigaciones que en la actualidad realizamos”, como dice Rebeca Barriga Villanueva, directora del CELL (p. 7). Sin duda, la aludida variedad y pluralidad corresponde a lo que es ahora el Centro. No es, ciertamente, el Centro de hace todavía algunos años, que, al menos visto desde fuera, parecía un tanto dormido, paralizado acaso. A través de este libro lo vemos en plena ebullición vital, hacendoso, productivo, dedicado en cuerpo y alma a los menesteres de investigación para los que fue originalmente creado. Pero dedicado de una manera distinta, rejuvenecida.

Con respecto a lo que a mí me tocó vivir de 1948 a 1980, lo veo enriquecido con facetas antes inexistentes o poco desarrolladas en términos de investigación, como el estudio de la poesía del siglo XX o la exploración de Borges, para sólo citar dos ejemplos. Lo encuentro enriquecido también —y esto es aún más importante— en los enfoques y los métodos. Junto a la imponente edición bilingüe y el estudio que Luis Astey ha dedicado al *Ordo Virtutum* de Hildegard von Bingen, donde campea en todo su esplendor la filología, y junto a la cuidada edición que María Águeda Méndez hace de un sermón paródico novohispano, aparece ahora el buenísimo artículo de Fernando Delmar sobre el *Libro de buen amor*, que combina la filología con la iconografía y la historia de las mentalidades, y el de Julio Ortega sobre Guamán Poma, que contempla al cronista peruano con ojos de antropólogo². Y vemos de protagonista a la Historia en otros dos ensayos sobre cronistas: el de Antonio Alatorre sobre Pedro Mártir de Anglería (o Angleria) y el de Georges Baudot sobre Alva Ixtlilxóchitl; también el que Alejandro Rivas dedica a Altamirano³.

Notablemente rejuvenecido me encuentro al folklore, vieja pasión del Centro, una vez superada la limitación a lo sólo literario y a la recopilación de textos. Ejemplares me parecen en este sentido el trabajo de Fernando Nava sobre las valonas de la Sierra Gorda, que atiende al

¹ En forma un poco modificada, es éste el texto que leí en la presentación del libro, el 18 de enero de 1993.

² LUIS ASTEY, “El *Ordo Virtutum* de Hildegard von Bingen”, pp. 17-52; MARÍA ÁGUEDA MÉNDEZ, “Desvío de la oratoria en la Inquisición novohispana”, pp. 153-165; FERNANDO DELMAR, “*Locus a tempore*”, pp. 53-66; JULIO ORTEGA, “Guamán Poma y el discurso de los alimentos”, pp. 139-152.

³ ANTONIO ALATORRE, “Pedro Mártir y el *Nuevo Orbe*”, pp. 67-85; GEORGES BAUDOT, “Sentido de la literatura histórica para la transculturación en el México del siglo XVII: Fernando de Alva Ixtlilxóchitl”, pp. 125-137; ALEJANDRO RIVAS VELÁZQUEZ, “Altamirano y su nueva visión de la novela en *El Zarco*”, pp. 169-185.

acontecimiento folklórico en su conjunto, con especial atención a la música, y el de Liliana Weinberg de Magis —acaso mal colocado en el volumen⁴—, que aborda innovadores enfoques antropológicos, ilustrados con un convincente análisis de la payada del *Martín Fierro*⁵.

Junto a estos dos estudios —y se me perdonará que me detenga un poco en este aspecto de la labor del CELL, tan cercano a mis propias investigaciones—, me encuentro en el libro el interesante análisis de relatos indígenas mexicanos que ha realizado Beatriz Mariscal⁶. Es verdad que la introducción teórica a este análisis sobrevalora, a mi ver, la invención de la imprenta como instauradora inmediata de “un nuevo sistema de reproducción y transmisión de la literatura que separaba a los productores de los consumidores”. La creación literaria, dice, es “desde entonces” “un proceso netamente individual, personal” (p. 344). Sabemos ahora que tras la invención de la imprenta tuvieron que pasar más de tres siglos para que se instaurara plenamente ese nuevo sistema, siglos en que la transmisión por vía oral siguió siendo muy frecuente y activa⁷. Sabemos igualmente que no existía la oposición que la autora establece entre la literatura oral y la “oralizada” (escrita, pero leída en voz alta o recitada): también ésta se apoyaba muchas veces en la memoria y entonces circulaba de boca en boca, como texto “abierto”, generando multitud de variantes. Lo ha mostrado muy bien, en 1989, Aurelio González⁸, investigador de El Colegio de México, quien ahora, en el volumen reseñado, aborda lo que llama el “romancero rústico” de los Siglos de Oro⁹.

Fascinante puede resultar, en un libro tan múltiple, observar las variadas posturas que suelen adoptarse ante el objeto de estudio. La mayoría de los artículos llevan la marca de la vocación, pero no en todos ellos se siente la entrega entusiasta de un Alatorre, ni la lúcida pasión que muestra Rose Corral en su admirable ensayo sobre Onetti

⁴ Éste se organiza de manera un tanto tradicional, en: 1. Literatura medieval y de los Siglos de Oro; 2. Literatura novohispana; 3. Literatura moderna y contemporánea, y 4. Literatura tradicional y oral. (El trabajo de Weinberg está en la sección 3.)

⁵ E. FERNANDO NAVA L., “Tonadas y valonas: música de las poesías y los decimales de la Sierra Gorda”, pp. 355-378; LILIANA WEINBERG DE MAGIS, “Encuentro de dos mundos: voces y silencios en el *Martín Fierro*”, pp. 343-354.

⁶ BEATRIZ MARISCAL HAY, “Creación y tradición en la literatura oral de México”, pp. 343-354.

⁷ Cf. MARGIT FRENK, “«Lectores y oidores». La difusión oral de la literatura en el Siglo de Oro”, *CH(7)*, t. 1, pp. 101-123; “Ver, oír, leer. . .”, *HAMB*, pp. 235-240; “La ortografía elocuente. Testimonios de lectura oral en el Siglo de Oro”, *CH(8)*, pp. 549-556; “Entre leer y escuchar”, *Nexos*, 1988, núm. 130, 5-8; *Entre la voz y el silencio. La lectura oral en el Siglo de Oro*, Anthropos, Barcelona (en prensa).

⁸ “¿Existen «versiones» en el romancero nuevo?”, en *HMF*, pp. 111-120. Cf. M. FRENK, “La poesía oralizada y sus mil variantes”, *ALM*, 29 (1991), 133-144, y “El manuscrito poético, cómplice de la memoria”, *Edad de Oro*, 12 (1993), 109-117.

⁹ AURELIO GONZÁLEZ, “Hacia una caracterización del romancero rústico de los Siglos de Oro”, pp. 87-112.

y Arlt, ni, en otro ámbito, la exaltada y exaltadora identificación de una Yvette Jiménez, en su trabajo, globalizador y ecléctico, sobre Carlos Pellicer¹⁰. Me llama la atención la pericia con la que James Valender y Anthony Stanton, cada uno a su manera, logran conciliar la descripción analítica de los textos con el indispensable discernimiento crítico, que, entre otras cosas, les permite detectar las rupturas y contradicciones que se dan en los ensayos de Paz y de Cernuda, respectivamente, sobre teoría y crítica literarias¹¹.

Muy en la línea de las investigaciones de Stanton siento el artículo de Martha Lilia Tenorio sobre "Teoría y práctica de la metáfora en el primer Borges", excelentemente trabajado y expuesto. Por el lado teórico este estudio se relaciona con viejos intereses de Martha Elena Venier, quien en nuestro libro estudia el tema de la memoria artificial en el novohispano Diego Valadés; por el lado del gran Borges, el trabajo de M. L. Tenorio empalma con el muy extenso e interesante que el borgista Rafael Olea ha dedicado al estudio del tema *Civilización versus Barbarie* en el escritor argentino¹².

La lectura de este volumen de estudios literarios me ha suscitado algunas observaciones que no quisiera dejar en el tintero. La del artículo de Antonio Alatorre me hizo pensar que tal vez su entusiasmo por el humanismo de Pedro Mártir lo haya llevado a construir a un historiador ideal, utópico, a un historiador que estaba en posesión de la Verdad. En otro nivel, sospecho que la alegría de toparse en los papeles de la Inquisición con un sermón paródico del siglo XVIII ha adormecido un poquitín la capacidad crítica de María Águeda Méndez, haciéndola ver una sátira "ingeniosa" donde otros no alcanzamos a atisbar sino una secuencia de chistosos pero vacíos "versos", llenos de ripios y dislates.

El tema del bandido, que tan bien estudia Alejandro Rivas a propósito de *El Zarco* de Ignacio Manuel Altamirano, inició su gran auge antes del Romanticismo, por lo menos desde el siglo XVI, como lo muestra, por ejemplo, el reciente libro *Le bandit et son image au siècle d'or*¹³. Y el trabajo de Aurelio González creo yo que amerita también

¹⁰ ROSE CORRAL, "Onetti/Arlt o la exploración de algunos vasos comunicantes", pp. 251-267; YVETTE JIMÉNEZ DE BÁEZ, "Carlos Pellicer, Contemporáneo", pp. 269-299.

¹¹ ANTHONY STANTON, "Una lectura de *El arco y la lira*", pp. 301-322; JAMES VALENDER, "Luis Cernuda y sus *Estudios sobre poesía española contemporánea*", pp. 323-339.

¹² MARTHA LILIA TENORIO, "Primeras inquisiciones. Teoría y práctica de la metáfora en el primer Borges", pp. 207-224; MARTHA ELENA VENIER, "La memoria, iconografía de la retórica", pp. 115-124; RAFAEL OLEA FRANCO, "Borges, ¿civilización o barbarie?", pp. 225-250.

¹³ Ed. J. A. Artínez Comeche, *Edad de Oro* (Universidad Autónoma de Madrid), Madrid, 1991. (*Travaux du "Centre de Recherche sur l'Espagne des XVII^e et XVIII^e siècles"*, VI). Se trata de las Actas del coloquio internacional que con el mismo nombre

unas cuantas puntualizaciones. Se trata de una muy necesaria caracterización de un subgénero del Romancero nuevo. Sin embargo, al asociar con Juan del Encina y Torres Naharro esos romances de tiempos de Lope de Vega, se están mezclando dos momentos muy diferentes de la historia literaria española. Por otra parte, habría que atender más al carácter artístico y muy sofisticado de tales romances. Y para la cabal comprensión de esos romances sería necesario acudir al clásico libro de Noel Salomon sobre el tema campesino en el teatro de Lope.

Quisiera, para finalizar, decir algo sobre la edición misma de este libro. Su presentación es muy decorosa, y en términos de erratas sólo he encontrado las pocas que son indispensables para que un libro no resulte antipáticamente perfecto. A la vez, noto en algunas colaboraciones errorcillos que no casan bien con el gran cuidado editorial que solía dedicarse a las publicaciones del Centro. Ha faltado, al parecer, una lectura muy atenta a la —no siempre buena— puntuación, a suprimir repeticiones innecesarias, a mejorar redacciones poco afortunadas y, sobre todo, a enmendar aseveraciones como la que convierte a la silva en una forma estrófica, con “fusión de versificación de arte mayor y menor” (p. 161). Sabemos que al mejor cocinero se le va un tomate entero, pero no se querrá correr el peligro de escandalizar a la anciana y, después de todo, venerable Filología, bisabuela del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios. Y más cuando a sus publicaciones les espera sin duda el brillante porvenir que están augurando ya los dos volúmenes gemelos de *Reflexiones lingüísticas y literarias*.

MARGIT FRENK

Universidad Nacional Autónoma de México

ELZBIETA SKŁODOWSKA, *La parodia en la nueva novela hispanoamericana (1960-1985)*. J. Benjamins, Amsterdam-Philadelphia, 1991; 219 pp.

Por lo general, la crítica literaria en Hispanoamérica se limita al estudio de obras y autores específicos; a lo sumo, estudia fenómenos propios de las diferentes literaturas nacionales. Son más escasos, por consiguiente, los análisis de conjunto que pongan en primer plano la existencia de temas o tendencias comunes en la literatura de la región. Habría que comenzar diciendo que la noción de “literatura hispanoamericana” no es avalada, ni mucho menos, por unanimidad. Para buena parte de los estudiosos hay en el continente tantas literaturas

se efectuó en Madrid en 1989, con la colaboración de: Casa de Velázquez, Sorbonne Nouvelle-C.N.R.S., Edad de Oro (Universidad Autónoma de Madrid y Universidad Internacional Menéndez Pelayo).